

NOTAS

LA SITUACION ACTUAL DEL MEDIO AMBIENTE, EL NEOLIBERALISMO Y LA ETICA DE LA RESPONSABILIDAD

Por H. C. F. MANSILLA

SUMARIO

ECOLOGIA Y TERCER MUNDO.—MEDIO AMBIENTE Y DOCTRINAS SOCIALISTAS.—LA CRISIS DE LA CIVILIZACIÓN DEL CRECIMIENTO INCESANTE.—MEDIO AMBIENTE Y TEORÍAS NEOLIBERALES.—NECESIDAD DE UNA ÉTICA DE LA RESPONSABILIDAD.

ECOLOGIA Y TERCER MUNDO

En Asia, Africa y América Latina la situación general del medio ambiente es lamentablemente mucho más complicada de lo que se imagina la opinión pública a causa de la acción combinada, cumulativa y multiplicadora de varios factores como la explosión demográfica, el proceso de urbanización con tasas exponenciales, la destrucción de los bosques tropicales, la extinción de la biodiversidad, la desertificación de dilatadas superficies y la contaminación de la atmósfera y de las aguas, para mencionar sólo problemas preocupantes en el Tercer Mundo, cuya magnitud física y potencialidad negativa son mayores que en las naciones metropolitanas (1).

Si la humanidad sigue creciendo al ritmo actual, ya en algún momento del siglo XXI habrá que producir alimentos para miles de millones de personas a partir

(1) Cf. MANFRED WÖHLCKE: *Umweltzerstörung in der Dritten Welt* (= Destrucción del medio ambiente en el Tercer Mundo), Beck, Munich, 1987, *passim* (sobre el problema más grave, la tala de los bosques tropicales, cf. pág. 35); WÖHLCKE: *Umwelt- und Ressourcenschutz in der internationalen Entwicklungspolitik* (= Protección al medio ambiente y a los recursos en la política internacional de desarrollo), Nomos, Baden-Baden, 1990; WILLIAM M. ADAMS: *Green Development: Environment and Sustainability in the Third World*, Routledge, Cambridge, 1990.

de nutrientes sintéticos, para lo que se necesitarán gigantescos invernaderos que tendrán que ser mantenidos exentos de plagas y enfermedades. Será preciso asimismo crear un medio rigurosamente esterilizado y ordenado para reciclar los residuos sin número que deje la civilización industrial. No mencionaré los problemas que se derivarán de dar cobijo, educación, salud y trabajo a una población inmensa. Es improbable que los más grandes adelantos tecnológicos lleguen a brindar una solución adecuada a este panorama, y si lo logran, el resultado sería de todas maneras un mundo de hacinamiento, privaciones y estrecheces, donde nuestro rol se reduciría al de hombre-hormiga. Allí donde reina una penuria crónica, se expande un sentimiento generalizado de miedo e inseguridad.

Además, como ya lo vemos en el caso de la energía y los automotores, puede ser que las soluciones tecnológicas lleguen cuando sea demasiado tarde. Hasta hoy no se han encontrado sustitutos al petróleo, pero todas las naciones industrializadas y muchas del Tercer Mundo siguen produciendo automóviles a un ritmo elevadísimo, aunque los problemas de contaminación ambiental y las crecientes congestiones de tráfico permanecen más lejos que nunca de ser solventadas. Es posible que nuevas tecnologías ocasionen nuevas formas de contaminación, aunque en un nivel más limitado. Pero lo más preocupante es que la envergadura física de los desarreglos medio ambientales pudiera anular o, por lo menos, neutralizar los procedimientos e inventos científico-técnicos más refinados que se lleven a cabo precisamente para paliar la crisis ecológica. Nuestra cultura urbano-industrial, a la que todos los pueblos aspiran y que muchos del Tercer Mundo ya la están alcanzando, causará, con toda seguridad, un notable incremento en la generación de residuos caloríficos, que son inherentes a todo proceso de producción y transformación de energía, cuya utilización, como se sabe, crece aún más rápidamente que la tasa demográfica. El recalentamiento de la atmósfera traerá modificaciones climáticas nada benéficas, que ya las comenzamos a sentir, entre ellas una desertificación galopante (2).

Lo más grave de todo esto reside, sin embargo, en el hecho de que los esfuerzos en pro de la conservación de los ecosistemas denotan una importancia secundaria, como si en el contexto global se tratase de un asunto de folclore: interesante y hasta divertido, pero que no quita el sueño a los responsables de la economía, a los manipuladores de la prensa y la televisión y a los gobernantes. Falta, entonces, una percepción social y políticamente relevante de los problemas medio ambientales que

(2) Cf. los primeros testimonios acerca de esta temática: ROGER REVELLE: *¿Podrá nuestro planeta alimentar a un número creciente de habitantes?*; JOHN P. HOLDREN y PAUL R. EHRLICH: *Sobre nosotros se cierne una catástrofe ecológica*; MIHAJLO D. MESAROVIC, EDUARD PESTEL, MAURICE GUERNIER: «La computadora del hambre», todos en *El Correo de la Unesco*, vol. XXVII, julio/agosto de 1974; BARBARA WARD: «Para que la Tierra no se consuma», en *El Correo de la Unesco*, vol. XXVI, enero de 1973; «Perspectivas para el porvenir», en *El Correo de la Unesco*, vol. XXVII, mayo de 1974; y los números monográficos de *El Correo de la Unesco*, vol. XXXIV, abril de 1981; *Nueva Sociedad*, núm. 87, enero/febrero de 1987.

se asemeje al poso que tienen los problemas de la seguridad militar, la economía y los medios de comunicación social.

MEDIO AMBIENTE Y DOCTRINAS SOCIALISTAS

Por lo que se sabe, ninguna forma de socialismo ha aportado hasta ahora la más mínima solución a los problemas medio ambientales (3). La contaminación del aire en zonas industriales, la erosión de suelos en tierras otrora agrícolas y la polución de ríos y mares fueron y son fenómenos simplemente gravísimos en los antiguos países socialistas, lo que contribuyó decisivamente a minar desde adentro la popularidad y legitimidad del socialismo real, a pesar de que la publicidad en torno a ellos era, por razones fáciles de comprender, muy reducida. Tempranamente, en el *Simpósio sobre la desorganización del medio* (convocado en Tokio en 1970 por el Consejo Internacional de Ciencias Sociales), se analizaron los efectos de las estructuras socio-económicas sobre la contaminación del medio ambiente y se arribó a la siguiente conclusión: «Hay diferencias en el grado de perturbación del medio entre países de distinto nivel de desarrollo, desigual densidad demográfica, diferente grado de urbanización, condiciones geográficas y climas distintos. Pero no existe indicio alguno de que las diferencias en cuanto al sistema económico tengan importancia a este respecto. Las empresas estatales no se diferencian de las privadas en lo que atañe a la proporción en la cual perturban y dañan el medio humano» (4).

La praxis efectiva de los regímenes socialistas, hasta por lo menos 1989, exhibió un desempeño ecológico simplemente horrendo en lo que se refiere a la destrucción del medio ambiente, de los suelos agrícolas y de dilatadas extensiones forestales. Pero aun presuponiendo buena voluntad de parte de los gobiernos marxistas, se pudo comprobar que no hubo una reflexión con secuelas prácticas acerca de los costes ecológicos en el cálculo de los llamados factores productivos, entre otras cosas porque las grandes fábricas fueron concebidas sin miramientos por sus posibles consecuencias ecológicamente negativas y porque la planificación socialista fue y es reacia a distraer fondos escasos de la utilización productiva para dedicarlos a otros fines que tienden a ser improductivos *sensu strictu*, como la preservación del medio ambiente. En la planificación socialista predominó igualmente el enfoque cuantitativo sobre el cualitativo, descartándose como intrascendentes todos aquellos factores que no se pueden cuantificar inequívocamente, como ser los daños causados por el hombre a la naturaleza (5).

(3) Cf. DAVID PEPPER: *Eco-Socialism. From Deep Ecology to Social Justice*, Routledge, Londres/New York, 1993; CHRISTOPH HUHL: *Vom Nahziel Kommunismus zu den Grenzen des Wachstums?* (= ¿De la cercana meta del comunismo a los límites del crecimiento?), Haupt, Frankfurt/Berna, 1980.

(4) Citado en HOWARD BRABYN: «La defensa del medio humano en los distintos sistemas económicos», en *El Correo de la Unesco*, vol. XXIV, julio de 1971, pág. 24. Cf. también IGNACY SACHS: «Un dilema para el Tercer Mundo: industrializar sin devastar», en *ibid.*

(5) Cf. MANFRED WÖHLCKE: *Lateinamerika: Kosten des Fortschritts und Probleme der qualitativen*

Este estilo de razonamiento —inmensamente popular en una gama amplísima de corrientes político-ideológicas, *incluido en primer lugar el neoliberalismo*— pasa por alto la probabilidad de que el desarrollo económico, técnico y hasta científico se convierta en algo autónomo, es decir exento del control social y de la opinión pública. Tanto gerentes capitalistas como camaradas socialistas perciben la oposición contra los grandes proyectos como irresponsables actos de origen místico, religioso, provinciano, primitivo, a los que se niega todo elemento científico.

El desarrollo en Cuba ha estado signado, por lo menos hasta 1991, por una verdadera idolatría en favor del crecimiento cuantitativo y la tecnología en cuanto instrumento redentor de la sociedad. El régimen cubano cree que «socialismo» se reduce a estatizar los bienes de producción (sobre todo los que pertenecieron a los propios cubanos) y a suponer que la evolución de las fuerzas productivas, apoyadas por una moral colectivista, austera y draconiana, conducirá indefectiblemente al comunismo más perfecto. Esta identificación entre progreso técnico y social llevó a intensificar el programa de energía atómica, a edificar grandes complejos industriales de alta tecnología y a mecanizar una agricultura con una sobreutilización de insumos químicos (6). Es superfluo señalar que este modelo de desarrollo no ha sido nada exitoso, y menos aún en el terreno de la ecología.

LA CRISIS DE LA CIVILIZACION DEL CRECIMIENTO INCESANTE

Si se mantiene el ritmo actual de crecimiento poblacional, nos espera un mundo en el siglo XXI con diez o doce mil millones de habitantes, lo que no significa que tendremos el doble de los problemas del presente, sino muchísimos adicionales, cuya magnitud combinada y cumulativa supera en mucho la capacidad normal de imaginación. Algunos factores —como la superficie terráquea, el tamaño físico del centro histórico de las ciudades, los monumentos culturales, el volumen de aire a disposición, los parques y reservas naturales— son *per se* estáticos; otros, como la producción de alimentos, los servicios sociales y educativos, crecerán en una proporción mucho menor con respecto a la tasa de incremento demográfico. Un tercer grupo de factores, finalmente, exhibirá una tendencia regresiva: la capacidad de auto regeneración de los ecosistemas, los recursos naturales no renovables, la calidad general de la vida, las áreas verdes y la fauna salvaje tenderán a disminuir indefectiblemente.

Entwicklung (= América Latina: costes del progreso y problemas del desarrollo cualitativo), en GERD KOHLHEPP (comp.): *Lateinamerika. Umwelt und Gesellschaft zwischen Krise und Hoffnung* (= América Latina. Medio ambiente y sociedad entre la crisis y la esperanza), Geographisches Institut der Universität Tübingen, 1991, págs. 53-80.

(6) KARIN STAHL: *Technologie- und Wachstumsfetischismus und Ökologie in Kuba* (= Fetichismo de la tecnología y el crecimiento y ecología en Cuba), en JÖRG FREIBERG *et al.* (comps.): *Drei Welten — eine Umwelt* (= Tres mundos — un medio ambiente), Breitenbach, Saarbrücken/Fort Lauderdale, 1984, pág. 277, 284 sq.

Será un mundo que deje atrás las «utopías negras» de Zamjatin, Huxley y Orwell: no habrá diferencias entre el campo y la ciudad, pues las inmensas metrópolis del futuro serán irremediablemente provincianas en su cultura y rurales por el origen de sus enormes masas de habitantes, reducidas a un nivel civilizatorio primitivo, y la campiña será sólo el suelo de una agro-industria interminable. Es probable que se den grandes migraciones de las ciudades al campo y viceversa: los unos buscarán en el campo los alimentos que los hacinamientos urbanos no podrán generar, y los otros huirán de la campiña porque ésta no les brindará suficientes oportunidades de trabajo. La inseguridad hecha norma, sobre todo en los países sobrepoblados del Tercer Mundo, incitará a la formación de bandas armadas irregulares, a la ocupación de tierras, a la multiplicación de delitos y a la instauración de la ley del más fuerte. Se producirá una histeria colectiva: todos verán —y con cierta razón— en el prójimo el enemigo inmediato. Esta descomposición de la vida social podría llevar a la fragmentación del Estado respectivo y a la declinación general de la educación y la cultura. El nivel civilizatorio alcanzado podría irse a pique, pues en condiciones de extrema necesidad la obtención del pan diario tendrá absoluta prioridad sobre todas las manifestaciones del arte, la literatura y la recreación espiritual, que son, después de todo, superfluas para la mera supervivencia del hombre.

En la Amazonia habitan aún tribus cuyo modo de vida permite sólo una densidad de una o dos personas por kilómetro cuadrado. Estas condiciones aparecen ahora a los ojos de los modernizadores de toda laya, incluyendo en primer lugar a los marxistas y a los neoliberales, como «inmorales», pues la «explotación racional» de esos parajes posibilitaría la manutención de millones de ciudadanos según los parámetros de nuestra era científico-técnica, terminando con ese «lujo» que poseen los salvajes amazónicos en lo referente a la tenencia de terreno (7). Se liquidaría simultáneamente una forma de vida y una identidad cultural, cuyo pecado es diferir fundamentalmente de las pautas obligatorias dictadas por la civilización metropolitana, que en todas sus manifestaciones —desde Buenos Aires hasta Vladivostok— es profundamente *urbanocéntrica* e intolerante frente a otros estilos de existencia. La suerte de los aborígenes en el Amazonas y de su cultura en el siglo XXI está ya echada: serán exterminados o por empresarios capitalistas o por tecnócratas socialistas.

Con o sin la variante del socialismo ascético, si la situación demográfico-ecológica sigue «avanzando» dentro de los parámetros actuales, podemos vislumbrar una sociedad verdaderamente monstruosa para fines del siglo XXI, llena de masas y pobre

(7) Cf. el excelente artículo de GERD KOHLHEPP: «The Destruction of the Tropical Rain Forests in the Amazon Region of Brazil — An Analysis of the Causes and the Current Situation», en *Applied Geography and Development* (Tübingen), vol. 38 (1991), págs. 87-109; KOHLHEPP: «Regionalentwicklung und Umweltzerstörung in Lateinamerika» (= Desarrollo regional y destrucción del medio ambiente en América Latina), en GERD KOHLHEPP (comp.): *op. cit.* (nota 5), págs. 207-222; algunos datos en EDUARDO VIOLA: «El ambientalismo brasileño. De la denuncia y conscientización a la institucionalización y el desarrollo sustentable», en *Nueva Sociedad*, núm. 122, noviembre/diciembre de 1992, págs. 139-155.

en individuos, regulada por normas de acero y marcada por una uniformidad ineludible. Seguramente sus habitantes seguirán adorando el progreso técnico, pero su realidad cotidiana consistirá en privaciones y estrecheces de toda clase, creadas, en última instancia, no tanto por la perversidad del grupo gobernante, sino por las coerciones derivadas de la crisis ecológica y la explosión demográfica (8). Las grandes ciudades, sobre todo en el Tercer Mundo, serán aglomeraciones inhumanas, sinónimos de hacinamiento y penurias, con servicios públicos cercanos al colapso y con una administración municipal sencillamente impotente ante la magnitud de los problemas que se presentarán. Sus habitantes perderán buena parte del tiempo en trasladarse de un lado al otro, cubriendo enormes distancias desde la casa al puesto de trabajo, o en esfuerzos agotadores para obtener bienes de consumo cada vez más escasos; sus pocos momentos libres los dedicarán a trámites engorrosos ante funcionarios ineptos, malhumorados y corruptos. Todo contacto directo con la naturaleza se habrá transformado en un lujo asequible a pocos privilegiados. En suma: será una «comunidad» donde predominen las masas alienadas y no el individuo consciente. En ella habrá que librar una batalla para admirar un monumento histórico o una obra de arte contra una multitud ávida de lo mismo, lo que no redundará en favor del goce estético o del nivel cultural de los interesados.

El escenario de sobrepoblación, crisis generalizada del medio ambiente y reglamentación casi totalitaria no es completamente extraño a los designios del racionalismo, puesto que se asemeja inobjetablemente al sueño de marxistas, socialdemócratas y tendencias afines de igualar el campo a la ciudad, con un resultado, empero, que ellos no se imaginaron, pero que es la consecuencia lógica de esas nobles manías de terminar con la «heterogeneidad estructural» (como lo postuló durante décadas la *Teoría latinoamericana de la Dependencia*), de nivelar los estilos de vida, de brindar a todos los «beneficios» de la cultura urbana, de equiparar los ingresos, la educación y las pautas de comportamiento y de aniquilar las diferentes tradiciones desarrolladas a lo largo de complejos procesos históricos. Este mundo tendrá similitudes con aquel que quisieron crear los jacobinos durante la Revolución Francesa: hacer *tabula rasa* con todo lo que ha crecido orgánicamente, estandarizar todas las manifestaciones humanas, anular todas las diversidades generadas por paisajes, costumbres, religiones y culturas distintas, eliminar los llamados poderes intermedios (Tocqueville), e imponer a todos y a todo una sola norma válida, salida de la cabeza de los iluminados, los planificadores o los jefes del partido omnisciente, norma originada obviamente en las oficinas gubernamentales de la capital del país. Todo esto concuerda con la lógica del «mundo administrado» (Adorno / Horkheimer), donde nos transformaremos en laboriosas hormigas y perderemos hasta el recuerdo de un mundo mejor.

(8) Cf. COMISIÓN INTERNACIONAL DE JURISTAS: «El universo computacionario», en *El Correo de la Unesco*, vol. XXVI, julio de 1973, págs. 16-18; STEPHEN BOYDEN y JOHN CELECIA: «Ecología de las megalópolis», en *El Correo de la Unesco*, vol. XXXIV, abril de 1981, págs. 24-27.

Para evitar este horroroso escenario, la humanidad tendría que tomar ahora mismo severas medidas en los terrenos de la demografía y la ecología y no dedicarse a manifiestos y conferencias que sólo sirven para tranquilizar la conciencia de los poderosos (9). Pero debo admitir que todo argumento razonable en pro del control del incremento demográfico no tiene, lamentablemente, muchas *chances* de ser considerado en serio en dilatadas regiones del Tercer Mundo. La gran excepción es, por suerte, la China. Elementos del subconsciente —imágenes de connotaciones sexuales— se entremezclan con ideas normativas tradicionales y con intereses político-económicos de corto aliento, que creen ver en el crecimiento poblacional la solución de muchos problemas de desarrollo y que parten ingenua pero comprensiblemente de la presunción de que una evolución bien lograda está indefectiblemente ligada a lo grande y poderoso. Así, por ejemplo, muchos empresarios privados son favorables al crecimiento económico acelerado porque creen que las reivindicaciones obreras pueden ser satisfechas sin tocar la sustancia del producto social. No pocos empresarios comparten plenamente la opinión de los ideólogos izquierdistas de que una «población mayor representa un mercado interno virtual de dimensiones apreciables» (10); para estos últimos, una población creciente y empobrecida ayudará a cuestionar más rápidamente el «sistema» (11).

La utilización y distribución de recursos necesariamente limitados por el carácter finito del planeta sería más fácil, generosa y humana si el número de habitantes no aumenta, o, mejor aún, si tiende a disminuir. Muchísimos problemas sociales, políticos y económicos de nuestra era desaparecerían o perderían su virulencia si la magnitud numérica de los grupos involucrados fuese más reducida. Gran parte de las dificultades del mundo contemporáneo proviene del hecho de que casi todos queremos adquirir o alcanzar los mismos recursos, fondos, bienes, satisfacciones, empleos y honores, que forman en su totalidad una masa restringida. Si proseguimos con las pautas momentáneas de crecimiento, no nos encontraremos con la condición prevista por Marx para los comienzos del socialismo (redistribución de una gran riqueza social acumulada durante el capitalismo), sino con la situación contra la cual él nos previno cuando la revolución adviene antes de tiempo: la mera repartición de la miseria (12).

(9) Cf. el ilustrativo artículo de ROBERTO GUIMARÃES: «El discreto encanto de la Cumbre de la Tierra. Evaluación impresionista de Río 92», en *Nueva Sociedad*, núm. 122, noviembre/diciembre de 1992, págs. 86-103.

(10) ANGEL FUCARACCIO *et al.*: *Imperialismo y control de la población*, Periferia, Buenos Aires, 1973, pág. 42.

(11) *Ibid.*, pág. 15 sq. Esta posición ha perdido autoridad e influencia en medios académicos y en el marco de la actual discusión científica sobre temas demográficos en América Latina, pero sigue siendo predominante en la llamada opinión pública popular, la cual engloba a los estudiantes universitarios. Por ello la crítica a esta corriente de pensamiento conserva su relevancia social, aunque los destinatarios sean parcialmente otros.

(12) KARL MARX/FRIEDRICH ENGELS: *Die deutsche Ideologie* (= La ideología alemana), en MARX/ENGELS, *Werke* [= *MEW*] (obras): Dietz, Berlin/RDA, 1965, t. III, pág. 34 sq.; MARX: «Carta a Engels» del 19 de agosto de 1852, en *MEW*, t. XXVIII, pág. 116.

En cuanto a las teorías del desarrollo sustentable, cabe afirmar que carecen de mucha credibilidad porque los grupos que ahora la sustentan de modo entusiasta —empresarios neoliberales, planificadores de las burocracias estatales, partidos social-democráticos, sindicatos— han sido hasta hace poco y durante largas décadas los más fervientes partidarios de la modernización a toda costa y de la industrialización acelerada. El fundamento doctrinal de las mismas se refiere sólo tangencialmente a los problemas demográficos y ecológicos, pero, obviamente, en tono altisonante; sus estrategias específicas para resolver las cuestiones poblacionales y medioambientales son vagas y hasta confusas (13). Pero lo más grave es que estas teorías supeditan explícitamente la protección de los ecosistemas al crecimiento económico ilimitado a nivel mundial, olvidando el carácter finito de la Tierra. La hipótesis de un crecimiento irrestricto a largo plazo (hasta que los frutos del progreso material lleguen a todos los pueblos del planeta) es simplemente insostenible a causa de la naturaleza inelástica de la mayoría de los recursos naturales y de la capacidad muy reducida de autorregeneración de los ecosistemas. Es, por lo tanto, una falacia que primeramente se debería forzar aún más la explotación de los recursos, para luego ocuparse de la protección al medio ambiente. Las teorías del desarrollo sustentable son básicamente enfoques armonicistas, que ingenuamente presuponen que todos los dilemas mundiales, aun los más complejos y arduos, pueden ser integrados en una gran síntesis donde todo se resuelve finalmente en favor de la evolución expansiva del género humano.

Por otra parte, parece que la opinión extraordinariamente popular de que América Latina es un continente casi despoblado y con un inmenso potencial en riquezas de todo tipo, pertenece más bien a la categoría de los mitos colectivos y no de los conocimientos científicos, aunque precisamente por tratarse de una leyenda compartida por pobres y ricos, obreros y empresarios, intelectuales y analfabetos, tiene asegurada su aceptación general. Ya Marx había señalado que los medios de la técnica moderna no serían un freno, sino un estímulo para la mitología social.

La imagen del despoblamiento de América Latina surgió en las bibliotecas y aulas universitarias, cuando intelectuales que habían leído asiduamente los clásicos,

(13) Para una crítica a las teorías del desarrollo sustentable cf. los excelentes trabajos de HANS-JÜRGEN HARBORTH: *Dauerhafte Entwicklung statt globaler Selbstzerstörung* (= Desarrollo duradero en lugar de autodestrucción total), Sigma, Berlin, 1991; HARBORTH: *Die Diskussion um dauerhafte Entwicklung* (= La discusión en torno al desarrollo sustentable), en WOLFGANG HEIN (comp.): *Umweltorientierte Entwicklungspolitik* (= Política de desarrollo orientada al medio ambiente), Deutsches Übersee-Institut, Hamburgo, 1991, págs. 39-51; JOSÉ MANUEL NAREDO: «La economía y su medio ambiente», en *Ekonomiaz. Revista de Economía*, núm. 17, abril/junio de 1990, pág. 15 sqq., NAREDO: «Los cambios en la idea de naturaleza y su incidencia en el pensamiento económico», en *Información Comercial Española*, núm. 711, noviembre de 1992, págs. 11-30; EDUARDO GUDYNAS: «Los malentendidos del desarrollo sustentable», en *Tierra Amiga* (Montevideo), núm. 22, 1994, págs. 50-53; GUDYNAS: «El desarrollo sustentable», en *Cuadernos de Marcha* (Montevideo), vol. 9 (1994), núm. 91, págs. 24-26.

hicieron comparaciones mecanicistas entre la densidad demográfica de Bolivia e Israel o entre la de la Patagonia y Dinamarca. En lugar de manipular datos abstractos, esos señores deberían haber realizado largos viajes a pie por los páramos del Nuevo Mundo: así se hubiesen percatado de que ese continente posee desiertos, selvas, montañas, estepas y terrenos sumamente accidentados, donde la agricultura es imposible o muy costosa y con rendimientos bajísimos, y donde los asentamientos humanos serían precarios y con un nivel de vida bastante modesto. A este «saber» de los ideólogos y propagandistas se contraponen el de los expertos: ellos conocen las dificultades y los riesgos de la «apertura» y «explotación» de las tierras tropicales. Estas tienen una capa muy delgada de humus vegetal, proclive a ser erosionada a los pocos años de quitado el manto protector de los grandes árboles; en un lapso breve de tiempo las cosechas se vuelven pobres y los suelos se transforman irrevesiblemente en un arenal (14).

Es interesante mencionar que desde hace ya varios años el Banco Mundial (15) y partidos políticos considerados de derechas (16) consideran seriamente los llamados componentes ecológicos en todo proyecto más o menos grande de desarrollo y se pronuncian por la preservación selectiva de los bosques tropicales. Existe un importante *ambientalismo neoliberal*, que parece ganar adeptos cada día, precisamente entre los empresarios que se consagran a la explotación directa de los recursos naturales. La base de este nuevo enfoque es la preservación y el uso de estos recursos para mantener y expandir los actuales procesos productivos, sin poner en peligro el fundamento de estos últimos debido a una sobre-explotación irracional de la naturaleza. Se trata, en el fondo, de una visión muy similar a la teoría del *desarrollo sostenible* de origen social-democrático, pero centrada en los «derechos de propiedad» que deberían tener los empresarios sobre todos los ecosistemas naturales. Según esta concepción, las áreas silvestres, por ejemplo, deberían ser protegidas en función de su futura utilidad para el mercado, y no tanto por las plantas y animales que ellas albergan. El punto de partida de esta nueva ideología es muy simple: el propietario de un bien natural —por ejemplo, de un bosque— es el más interesado en conservarlo adecuadamente para que en el porvenir siga rindiendo frutos y ganancias y, por lo tanto, el que más trabajará por evitar la destrucción de ese ecosistema. Al ser los grandes ecosistemas de todos, no son de nadie en particular, y, por consiguiente, ningún sector poblacional se siente compelido a preservarlos real y convenientemen-

(14) Cf. PETER D. LITTLE, MICHAEL M. HOROWITZ y A. ENDRE NYERES (comps.): *Lands at Risk in the Third World: Local-Level Perspectives*, Westview, Boulder/Londres, 1987; S. HECHT y A. COCKBURN: *The Fate of the Forest. Developers, Destroyers and Defenders of the Amazon*, Verso, Londres, 1989; y el testimonio muy temprano de WAGNER TERRAZAS URQUIDI: *Bolivia: país saqueado*, Camarlinghi, La Paz, 1973, págs. 62-68 (cap. II/4: «El mito de las tierras feraces»).

(15) *Informe sobre el desarrollo mundial 1992. Desarrollo y medio ambiente*, Banco Mundial, Washington, 1992, especialmente págs. 2-8.

(16) Como los demócratas cristianos alemanes: cf. HOLGER BONUS *et al.*: *El medio ambiente en la economía social de mercado*, Ciedla, Buenos Aires, 1990; cf. también el número monográfico de *Contribuciones* (Buenos Aires), vol. X, núm. 1, enero/marzo de 1993 (dedicado a la «Conciencia ambiental»).

te. La devastación del medio ambiente se produce, según este enfoque, por las intervenciones del Estado y por las distorsiones que agentes externos al mercado (como los grupos ecologistas y las tribus amazónicas) introducen en el tratamiento de los recursos naturales. La solución estribaría en dejar toda la cuestión ambiental librada a las fuerzas del mercado y en asegurar los derechos privados de propiedad sobre todo bien común. Según los neoliberales, no hay política conservacionista *exitosa* que se base en argumentos éticos o en la pretendida solidaridad de los mortales para con el mundo natural; el mejor procedimiento para preservar los ecosistemas sería, paradójicamente, acudir y apelar a los intereses egoístas de los propietarios de bosques y praderas (17).

Hay que refutar esa fatal ideología neoliberal desde la posición del liberalismo clásico. En primer lugar, es inaceptable la estricta separación de ética y política que subyace a esta doctrina; la dicotomía radical entre hechos (supuestamente objetivos) y valores (pretendidamente subjetivos y arbitrarios), que conforma el fundamento del positivismo y neopositivismo, ha sido rechazada e impugnada por la investigación científica y epistemológica hace ya mucho tiempo, y no vale la pena retornar esta conocida temática. Los grandes pensadores liberales, desde Adam Smith hasta Alexis de Tocqueville, jamás renegaron de la moral y del derecho natural. No podemos renunciar a reflexiones y, sobre todo, a planteamientos éticos de relevancia práctica. Para el ambientalismo neoliberal la vida en general, y de los ecosistemas en particular, pasa «a ser un problema técnico, donde se busca la mejor fórmula o procedimiento para asegurar un precio. La conservación de la naturaleza pasa a ser un problema que puede evaluarse como de costo-beneficio» (18). Los recursos naturales se convierten en objetos de inversión y en posibilidades de formación de capital; el mantenimiento de áreas naturales protegidas es visto como algo factible sólo si esta acción redunde en ganancias y regalías. No se preserva la naturaleza, sino que se invierte en ella. La vida es fragmentada en sus componentes elementales y dividida entre propietarios para maximizar su potencial económico.

Esta visión olvida que el mercado únicamente puede aprehender necesidades y desenvolvimientos actuales y no la situación en un futuro de largo plazo; los derechos de la naturaleza propiamente dicha y de las generaciones futuras quedan fuera de todo cálculo mercantil, por más sutil que éste sea. El mercado ha demostrado ser un excelente instrumento para solucionar problemas *cuantitativos*, pero resulta inoperante ante asuntos de orden *cualitativo* (que van desde la estética, la ética, la educación y las relaciones íntimas hasta la problemática del futuro y del medio ambiente). Por lo demás, la concepción neoliberal no concibe ciudadanos, sino

(17) Existe una amplísima literatura neoliberal al respecto. Cf. entre otros, T. L. ANDERSON y D. R. LEAL: *Free Market Environmentalism*. Westview & Pacific Research Institute for Public Policy, Boulder, 1991; W. J. BAUMOL y W. E. OATES: *The Theory of Environmental Policy*, Cambridge U.P., Cambridge, 1988; S. SCHMIDHEINY: *Cambiando el rumbo*, FCE, México, 1992.

(18) EDUARDO GUDYNAS: *Ecología, desarrollo y neoliberalismo*, CEBEM, La Paz, 1995, pág. 18.

consumidores (19). La temática ambiental requiere, empero, de una discusión pública, racional, libre y altamente compleja, que sólo se puede dar exitosamente entre ciudadanos bien informados y no entre consumidores con necesidades y caprichos de corto aliento.

Por lo demás, el neoliberalismo parte de principios «primitivamente simples» (20), como ser la bondad liminar de la industrialización y la urbanización aceleradas y la posibilidad de crecimiento y desarrollo ilimitados de las sociedades humanas, posibilidad considerada *a priori* como algo totalmente garantizado y empíricamente comprobado, cuando el debate ecológico de las últimas décadas ha mostrado precisamente las falacias de tales aseveraciones. Como dijo Fernando Mires, «bajo la hegemonía del neoliberalismo se consume una tendencia que venía anunciándose desde los años treinta, a saber: la autonomización del pensamiento económico por sobre todas las demás disciplinas del saber social» (21). Todos estos enfoques no toman en cuenta la inconmensurabilidad económico-financiera de la naturaleza y representan, por lo tanto, un retroceso en la conformación del pensamiento occidental.

Volviendo a la confrontación de datos científicos contra elementos de ideología colectiva: no es mera casualidad que las tierras altas y montañosas de Bolivia (que ocupan una parte considerable de todo el país) estén bastante despobladas. Cualquier tipo de aprovechamiento agrícola en estas zonas es increíblemente engorroso y poco productivo. Tampoco es casual que las regiones verdaderamente aptas para la agricultura intensiva —como el Valle Central de Chile, una buena parte de El Salvador, la zona de Sao Paulo, la región bonaerense— se hallen hoy en día ya superpobladas, precisamente porque debido a sus cualidades son áreas bastante escasas en el contexto latinoamericano. Ante problemas como las intensas migraciones del campo a las ciudades, el hambre y las penurias de amplios estratos sociales, el desempleo masivo y las aglomeraciones monstruosas como México y Lima, es absolutamente irresponsable y hasta inmoral hablar de la «necesidad imperiosa» de poblar aun más los países latinoamericanos. La situación real de las tierras agrícolas puede ser ilustrada con las siguientes cifras: mientras en Venezuela cerca de setenta personas dependen de cada milla cuadrada de terreno cultivable, la proporción en Canadá es de 4,8 y en los Estados Unidos de 6,8 personas para la misma superficie (22).

(19) *Ibid.*, pág. 53; cf. también J. O'NEALL: *Ecology, Policy and Politics*, Routledge, Londres, 1993, *passim*.

(20) FERNANDO MIRES: *El discurso de la miseria o la crisis de la sociología en América Latina*, Nueva Sociedad, Caracas, 1993, pág. 62.

(21) *Ibid.*, pág. 63; cf. también KURT BIEDENKOPF: «Wachstum bis zur Katastrophe?» (¿Crecimiento hasta la catástrofe?), en *Die Zeit* (Hamburgo), núm. 40 del 26 de septiembre de 1991 (Biedenkopf es un distinguido intelectual y político de la derecha alemana); R. KURZ: *Der Kollaps der Modernisierung* (El colapso de la modernización), Frankfurt, 1991; G. RIST y F. SABELLI (comps.): *Das Märchen von der Entwicklung* (El cuento del desarrollo), Zurich, 1989.

(22) K. DAVIES: «The Urbanization of the Human Revolution», en *Scientific American*, vol. 213, núm. 3, septiembre de 1965 (Las proporciones no han variado sustancialmente hasta hoy.)

La obligación, en un futuro ya muy próximo, de cultivar todas las tierras disponibles bajo un régimen casi industrial, dando poco reposo a los suelos y utilizando generosamente herbicidas, plaguicidas, insecticidas, abonos y nutrientes sintéticos, llevará indudablemente a multiplicar la producción de desechos y residuos difícilmente biodegradables, a empobrecer las tierras arables, al atrofiamiento de su base biológica y a causar a largo plazo desequilibrios ecológicos irreversibles. Algunos de los trastornos más serios se originan en los proyectos de mayor envergadura, refinamiento y esmero, como por ejemplo en las grandes presas hidroeléctricas, como es el caso de Itaipú (23): las enormes superficies de agua embalsada aniquilan una considerable cantidad de fauna y flora de la región, alterando además el clima de la zona; contra la pared de la presa se sedimentan residuos de toda clase, que acortan la vida útil de la misma; mediante este proceso se impide el paso aguas abajo de nutrientes y abonos naturales de todo tipo; en el caso de la gran presa de Assuan (Egipto), las ventajas derivadas de la producción de energía eléctrica y la irrigación controlada se neutralizan porque la gigantesca obra detiene los abonos naturales que durante milenios hicieron la riqueza de los suelos agrícolas egipcios, socavando simultáneamente la vida piscícola del Mediterráneo oriental.

Para redondear el argumento: creo que la gravedad de la situación del futuro a medio y largo plazo, dependiente de la conjunción del crecimiento demográfico con una utilización abusiva de nuestros fundamentos y recursos naturales, no es comprendida en toda su magnitud e intensidad ni por los círculos políticos hoy prevalentes ni por los intelectuales que podrían influir sobre la opinión pública. Como los síntomas actuales son de un empeoramiento progresivo, pero no dramático de las condiciones ecológicas, existe el peligro de que los gobiernos y las grandes instituciones supranacionales implementen medidas serias para salvaguardar el medio ambiente cuando ya sea demasiado tarde. Los factores tiempo, irreversibilidad, acumulación cuantitativa de hechos que repentinamente originan una nueva calidad, representan lamentablemente elementos de juicio que están totalmente fuera del pensamiento pragmático, utilitario y mediocre que predomina en nuestro planeta (24).

Estos argumentos apuntan a un plano estrictamente racional, mientras que las ansias de crecimiento y progreso materiales tienen que ver primordialmente con el nivel preconsciente y emotivo de la mentalidad colectiva. Ninguna sociedad renunciará a edificar instalaciones industriales que brinden trabajo, ingresos y adelantamiento económico si alguien demuestra que a largo plazo ellas conllevarán daños

(23) Sobre la presa de Itaipú cf. el brillante estudio de GERD KOHLHEPP: *Itaipú — Socio-economic and Ecological Consequences of the Itaipú Dam*. Vieweg, Braunschweig, 1987.

(24) La conjunción de muchas variables con secuencias temporales diferentes ha sido analizada de modo pionero por el Club de Roma. Cf. por ejemplo MIHAJLO MESAROVIC y EDUARD PESTEL: *Mankind at the Turning Point. The Second Report to the Club of Rome*. Hutchinson, Londres, 1975, págs. 1-17; cf. también uno de los primeros estudios sobre esta temática BARBARA WARD y RENÉ DUBOS: *Only One Earth. The Care and Maintenance of a Small Planet*. Penguin, Harmondsworth, 1973.

para los nietos. Primero viene la satisfacción de los anhelos urgentes y de los profundos, mucho después la reflexión sobre las consecuencias de nuestros actos. Además, poquísimas personas están (y estarán) dispuestas a poner en cuestión las bondades aparentes de la industrialización, la agricultura intensiva y la modernización, pues estas actividades encarnan los esfuerzos sistemáticos y los éxitos indiscutibles de varias generaciones. Al hombre normal no se le pasa por la cabeza que las labores más esmeradas y tecnificadas de buena parte de la humanidad vayan a ser en el futuro las causantes de estragos irreparables.

En lo que podríamos llamar la *opinión pública popular* existe la tendencia generalizada a suponer que se refuta fácil y patrióticamente los enunciados científico-empíricos de los ecologistas por medio de declaraciones ideológicas, manifiestos revolucionarios, ilusiones sobre el porvenir e invenciones místico-teológicas. La situación, empero, ha cambiado bastante en América Latina: en los últimos años se ha expandido una razonable simpatía y comprensión en torno a asuntos medio ambientales, que alcanza a funcionarios de las administraciones públicas, empresarios privados, periodistas, universitarios y líderes de movimientos indigenistas (25). Pero en el ámbito sindical, en círculos populistas, en partidos de las izquierdas convencionales, en el campo nacionalista y en la esfera del empresariado privado ha sido preservada una ideología simplista que ha hecho del progreso acelerado una nueva fe secular, que ve en los planteamientos de los ecologistas el enemigo principal. Como toda doctrina pro racional, este credo relativamente dogmático está basado en emociones, prejuicios y anhelos vehementes; en cuanto a popularidad, resistencia, energía y voluntad se refiere, estas religiones seculares son infinitamente más eficaces que las religiones mundanas.

NECESIDAD DE UNA ETICA DE LA RESPONSABILIDAD

Si la humanidad no cambia el ritmo y la dirección de su evolución histórica actual, no se vislumbran posibilidades de eludir un cataclismo ecológico-demográfico a largo plazo. Tendríamos que cambiar nuestras ideas y anhelos fundamentales sobre el progreso y las metas principales de desarrollo —lo que es prácticamente irrealizable—. Antes de que sea demasiado tarde, tenemos que adoptar una actitud eminentemente crítica frente al principio de rendimiento y rentabilidad, ante el teorema de la necesidad del crecimiento económico ilimitado, ante la ideología de la obligatoriedad de la elevación del nivel de vida y ante la fascinación ejercida por el incremento de la productividad.

(25) Sobre la *conciencia ambiental* en América Latina cf. el número monográfico, dedicado a esta temática, de *Contribuciones* (Buenos Aires), vol. X, núm. 1 (= 37), enero/marzo de 1993; EDUARDO GUDYNAS: «Ensayo de conceptualización de la ecología social: una visión latinoamericana», en *Cuadernos de Ecología Social* (Montevideo), núm. 1, diciembre de 1988, págs. 317; *Ponencias del Primer Encuentro de «Cultura, ética y religión frente al desafío ecológico»*, Cipfe, Montevideo, 1989; sobre el caso boliviano cf. *Medio ambiente y desarrollo*, H. Cámara de Diputados, La Paz, 1991.

Siguiendo a Hans Jonas deberíamos desplegar una *ética de la responsabilidad*, tomando en cuenta los nuevos factores derivados de la gran tecnología contemporánea, que se ha transformado en un fin en sí mismo: la casi ininteligible magnitud de los efectos causados por el progreso científico-técnico, la irreversibilidad de éstos en el medio natural, el muy largo plazo en que se hacen patentes estas consecuencias, el curioso hecho de que el futuro en cuanto tal no posea un gremio que represente sus intereses en el debate político presente y el antropocentrismo de todas las corrientes ideológicas relevantes (incluido en primer término el marxismo). Jonas prescribe una simple regla de actuación: que nuestros actos no hagan peligrar las condiciones para la permanencia de la vida y la humanidad en la Tierra (26). La preservación del futuro de la humanidad constituye la primera obligación de cada individuo. Jonas intenta poner en claro la comunidad de destino entre la naturaleza y el hombre: el respeto de la dignidad autónoma y la integridad de la naturaleza redundan en beneficio de la conservación de la especie humana. Se trata de una moral que no encierra ninguna condena de la ciencia y la técnica propiamente dichas, pero que propugna una clara modestia económica: contracción en lugar de crecimiento ilimitado, severo ahorro energético, sistemas sociales precarios en lugar de organismos sólidos, estabilización demográfica en lugar de aumento poblacional, renuncia a la utopía social y a la *concepción teleológica* de la historia. A todo esto puede contribuir una «heurística del temor», la consciencia anticipada de las consecuencias monstruosas que pueden tener nuestras decisiones actuales (27).

Ahora bien: esto significa ir contra las normas esenciales de todas las sociedades adelantadas de nuestra época, lo cual no es nada popular ni, me temo, nada factible. Lo verdadero y racional no es lógicamente idéntico con lo popular —en ello residen las dificultades de nuestra era de masas—. Los principios de rendimiento y productividad tienden, aparte de su labor constructiva, a convertirse en metas en sí mismas, represivas e irracionales, alejadas de las genuinas necesidades humanas. Pero aquí hay que señalar que la razón misma, y no solamente la instrumental, no es probablemente el principio constitutivo del universo. No hay que reducirla, como lo hacen los postmodernistas siguiendo a Schopenhauer y Nietzsche, a un mero órgano de la ciega voluntad y de los instintos, pero es posible que la Razón se halle en competencia con o contra otros principios organizativos del mundo, los que serían más antiguos y sólidos que aquello que denominamos Razón y resultarían responsables por actos ilógicos y pautas irracionales de comportamiento. Si esto es así, nuestros intentos de configurar la sociedad según lineamientos razonables estarían condenados al fracaso. Por otra parte, las actuales *teorías sobre el caos* (28) nos enseñan que

(26) HANS JONAS: *Das Prinzip Verantwortung. Versuch einer Ethik für die technologische Zivilisation* (El principio de la responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica), Suhrkamp, Frankfurt, 1984, págs. 36, 85, 189 sq., 197.

(27) *Ibid.*, pág. 8 sq., 288, 305, 332, 386 sq.

(28) Sobre la teoría del caos existe ya una inmensa literatura. Cf. entre otros WOLFGANG ROSE: «Die Entdeckung des Chaos» (El descubrimiento del caos), en *Die Zeit*, núm. 3, 18 de enero de 1985; JOHN

cualquier sistema altamente complejo —y toda sociedad humana lo es— puede transformarse repentinamente en imprevisible y entrar en un estado de colapso, sobre todo durante procesos sostenidos de crecimiento, como son los demográficos, los de contaminación ambiental y los de incremento de la producción industrial. Procesos medibles en cantidad adquieren inesperadamente otra calidad, que puede ser la de la *anomia*. Causas relativamente pequeñas pueden ocasionar grandes efectos sin que medie una «sana» proporcionalidad; un organismo social puede ser seguir reglas duraderas y comprensibles y, sin embargo, originar de un momento a otro consecuencias sorpresivas y claramente negativas.

En este contexto de un panorama desolador a nivel global es imprescindible retomar a una dimensión más concreta y terrenal y llamar la atención sobre la *calidad* del desarrollo en dilatadas porciones del Tercer Mundo: después de largas décadas de denodados esfuerzos, de procesos de hiperurbanización y modernización, de una expansión demográfica sin precedentes en la evolución humana y después de la apertura de las regiones tropicales, tenemos como resultado final un retroceso al nivel de vida que predominaba alrededor de 1950, agravado por la creciente inseguridad ciudadana en las aglomeraciones urbanas y la degradación del medio ambiente. Para muchísimos individuos de carne y hueso en Africa —y tal vez para algunas naciones— la era del colonialismo europeo concluida en 1960 fue la etapa más feliz de su historia.

Nuestro deber educativo consistiría en evitar la divinización de la historia con toda su secuela de hechos nefastos en la praxis: la justificación o, por lo menos, la trivialización de la violencia, la creencia en objetivos absolutos predeterminados de antemano y la inclinación a someterse a presuntas necesidades históricas, sacrificando a ellas la libertad individual (29). Ahora que tecnócratas de derechas e izquierdas celebran los éxitos presuntamente ejemplares de los países recientemente industrializados del Asia Oriental, deberíamos echar un vistazo a las cosmologías premodernas del Extremo Oriente, que disponen de una concepción más modesta del hombre y de su historia. El pensamiento clásico chino, por ejemplo, no supone que nuestra especie es la culminación excelsa y casi celeste de la creación, como lo imagina implícitamente casi la totalidad de la filosofía occidental; el hombre no es el centro de la naturaleza y tampoco el *telos* del universo. En la compleja estructura de la cosmogonía china él es una partícula entre otras —sin estar exento de alguna importancia—. Mientras los occidentales intentan subordinar la naturaleza a sus designios, los chinos ensayaron hasta 1911 una existencia en concordancia con ella. En el ordenamiento natural han encontrado las bellezas para recrearse y los motivos

BRIGGS y F. DAVID PEAL: *Die Entdeckung des Chaos. Eine Reise durch das Chaos-Theorie* (El descubrimiento del caos. Un viaje a través de la teoría del caos), Hanser, Munich, 1990; HANS-OTTO PEITGEN *et al.*: *Chaos - Bausteine der Ordnung* (Caos - elementos del orden), Klett-Cotta-Springer, Stuttgart, 1994.

(29) Sobre la incomprensión de la situación presente de parte de pensadores marxistas cf. el testimonio del fundador de la Teoría Africana de la Dependencia SAMIR AMIN: «El futuro de la polarización global», en *Nueva Sociedad*, núm. 132, julio/agosto de 1994, págs. 118-127.

para reflexionar. Además, los chinos se han imaginado correctamente que el hombre, cometiendo «malas acciones», puede perturbar el delicado y difícil equilibrio de la naturaleza, desencadenando las catástrofes llamadas ahora ecológicas. El fin de la vida debería ser la armonía entre el hombre y el cielo, que empieza, como lo enseñan todas las religiones orientales, por el respeto hacia todas las criaturas de la naturaleza (30).

La tarea político-social más importante del futuro será el respeto auténtico y no meramente verbal a todas las manifestaciones de la vida, aun a las más vulnerables e ínfimas, pues de todas ellas depende, en última instancia, la existencia del hombre. El mundo no pertenece en exclusividad a una sola especie, sino a sí mismo. El hombre, por su facultad de intervenir en los procesos naturales, no posee el privilegio de alterar el equilibrio de la naturaleza o de tratar a ésta como su propiedad. Hoy en día, cuando la industrialización y la contaminación ambiental amenazan poner en peligro los principales ecosistemas de la Tierra, urge establecer clara e inequívocamente que la preservación de la naturaleza posee prioridad sobre las llamadas imposiciones del desarrollo tecnológico-industrial: *la economía debe subordinarse a la ecología*, y no al revés. Esto suena seguramente como una herejía inaceptable en tiempos modernos, pero debería ser nuestra norma de comportamiento colectivo. Carl Amery señaló acertadamente que el materialismo se ha contentado hasta ahora con modificar el mundo, mientras que la obligación actual es la de conservarlo (31). Hay que suscribir la tesis de Odo Marquard: el que quiere transformar algo debe responsabilizarse por fundamentar adecuada y convincentemente la modificación; en caso contrario es razonable suponer que el *statu quo* posee una razón suficiente para existir y ser respetado. La brevedad de la vida humana condiciona el hecho de que no se puede aprehender toda su complejidad ni probar todas las alternativas de cambio: la actitud sabia es de un moderado escepticismo conservador, que no hace un dogma de esta posición provisoria (32).

Racionalmente se pueden comprender los criterios que subyacen a la primacía del punto de vista ecológico sobre el del desarrollo material; ¿pero lo entenderán asimismo nuestros gobernantes y la opinión pública? Se ha vivido bastante bien hasta ahora dilapidando los tesoros de la naturaleza, y es muy difícil imaginarse que esto pueda resultar impracticable en un futuro próximo. Ahí está la conciencia de aquellos que rigen los destinos de esta pobre humanidad: casi todos están inmensamente satisfechos con su obra en favor del «progreso» y son inmunes hacia otro tipo de argumentación.

Toda preocupación moral por una mejor convivencia de los mortales propugna una humanización de la técnica; merece especial estima el intento de difundir una

(30) Cf. JOSEPH NEEDHAM: *Dentro de los cuatro mares. El diálogo entre Oriente y Occidente*, Siglo XXI, Madrid, 1975, *passim*.

(31) CARL AMERY: *Natur als Politik* (Naturaleza como política), Rowohlt, Reinbek, 1978, pág. 185.

(32) ODO MARQUARD: *Abschied vom Prinzipiellen. Philosophische Studien* (Despedida de los principios. Estudios filosóficos), Reclam, Stuttgart, 1981, pág. 16 sq., 77 sq.

«nueva sensibilidad» (33), que expresa la victoria de *Eros* sobre la agresividad individual y colectiva, liberando a los sentidos de aquella racionalidad instrumental centrada en torno de la explotación creciente de la naturaleza y del aumento compulsivo de la productividad. Requerimos de una conciliación entre la razón y la sensualidad, para evitar que la primera se reduzca a ser un mero instrumento del consumismo y de la depredación medio ambiental. La emancipación de la sensualidad socava las bases de la represión social y del principio de rendimiento en cuanto meta y norma absolutas de la sociedad. Como ya lo vio Aristóteles (en su *Etica a Eudemo*), esto daría paso a una armonización de razón y libertad que tiene la felicidad y no el crecimiento o la rentabilidad como objetivo de la evolución humana. Es la nostalgia por algo diferente a nuestro universo actual, expresada en la crítica del «mundo administrado» (Theodor W. Adorno), tan rico en competencia y belicoidad y tan pobre en tranquilidad y satisfacciones genuinas.

(33) Postulado expresado muy tempranamente por HERBERT MARCUSE: *Versuch über die Befreiung* (Ensayo sobre la liberación), Suhrkamp, Frankfurt, 1969, pág. 43; H. MARCUSE: *Konterrevolution und Revolte* (Contrarrevolución y revuelta), Suhrkamp, Frankfurt, 1973, pág. 78 sq.

